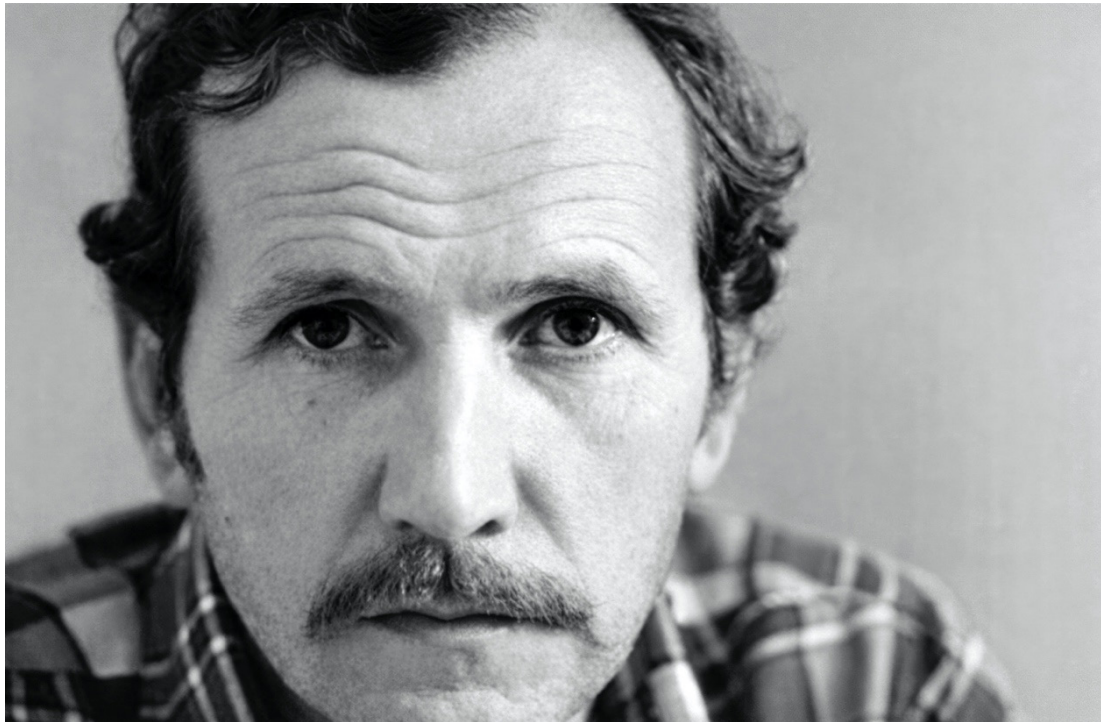


IN MEMORIAM

Pepe Pina (1943–2025)



Paco Salinas, retrato de José Hernández Pina, Letur, 1978.

José Fernando Vázquez Casillas
Universidad de Murcia

Conocí a Pepe Pina en torno al año 2002, en el marco de mi investigación doctoral, desarrollada en el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Murcia y centrada en el papel de la fotografía en la Región de Murcia a finales del siglo XX. Aquel primer encuentro se produjo gracias a Paco Salinas, quien se convertiría en mi maestro y que mantenía, a su vez, una estrecha amistad con Pepe. El estudio atendía no solo al análisis de las obras realizadas, sino también a las trayectorias vitales de sus autores y a los condicionantes sociales y profesionales que influyeron en su desarrollo, con el propósito de fijar, desde una perspectiva histórica, la evolución de la fotografía en ese periodo.

El planteamiento metodológico se apoyó de forma decisiva en entrevistas personales con los protagonistas del panorama fotográfico de esta zona del Levante español, ante la ausencia de trabajos previos de suficiente entidad. Fue en ese contexto donde se estableció un contacto directo con Pepe, mediante una serie de conversaciones destinadas a reconstruir su biografía, su itinerario creativo, su relación con la práctica fotográfica y los colectivos en los que se inscribió su trayectoria. Este proceso de recuperación de su microhistoria adquiere una dimensión que trasciende lo individual, dada su condición de referente en el ámbito fotográfico regional. El término *regional* se emplea aquí de forma consciente, ya que pocas figuras encarnan con tanta claridad el perfil de aquellos fotógrafos que, iniciados en la década de 1960 en España, mantuvieron con continuidad, sensibilidad y rigor una concepción de la imagen estrechamente vinculada al territorio, a la experiencia vivida y a una mirada de raíz humanista.

El trabajo con estos autores se articulaba a partir de sus vivencias y de su memoria personal: dudas, logros, expectativas y también silencios. Cada entrevista aportaba una pieza a un relato coral que comenzaba a adquirir coherencia histórica. En ese proceso, la voz de Pepe resultó especialmente significativa, tanto por la amplitud de su recorrido como por la claridad con la que reflexionaba sobre su propio camino y sobre el sentido profundo del acto fotográfico.



José Hernández Pina, Cañamares (Cuenca), 1998.

Para situar adecuadamente su figura resulta necesario atender a su contexto generacional. José Hernández Pina (Lobosillo, Murcia, 1943) pertenece al grupo más veterano de los creadores que protagonizaron la renovación fotográfica murciana de finales del siglo XX. Fue miembro fundador, en 1965, de la Asociación Fotográfica Murciana de Educación y Descanso, institución clave en la formación de numerosos fotógrafos aficionados. Su perfil responde al modelo característico de la época: una etapa inicial autodidacta, seguida de un perfeccionamiento técnico en el ámbito asociativo y una participación continuada en certámenes, complementada con lecturas especializadas que consolidaron una orientación estética firmemente vinculada al realismo.

Su aproximación a la fotografía estuvo ligada, en un primer momento, a su afición al montañismo. Como miembro activo del Club Montañero de Murcia, documentó sus incursiones en la naturaleza como testimonio de la experiencia vivida. Con el paso del tiempo, esa relación se invirtió y la búsqueda de imágenes se convirtió en el verdadero motor del viaje. Desde entonces, el medio natural quedó integrado de forma estructural en su obra.

Entre 1965 y finales de la década de 1970 desarrolló una producción vinculada al reportaje y al mundo de los concursos, aunque ya entonces trabajaba de manera sistemática por series, guiado por inquietudes personales más que por objetivos competitivos. En 1978 se incorporó al Colectivo Imágenes, grupo esencial en la difusión de una concepción renovada del lenguaje fotográfico en Murcia, del que formó parte hasta 1982. En ese momento, su experiencia le permitía utilizar el concurso no como un fin en sí mismo, sino como un cauce de visibilidad, al tiempo que orientaba su producción hacia ámbitos de mayor proyección pública, especialmente a través de publicaciones.

Su obra puede articularse en torno a tres ejes constantes: la naturaleza, el ser humano y el viaje. Desde los años sesenta se inscribe en un realismo de base humanista, en el que el paisaje es experiencia vivida y la figura humana aparece integrada de forma orgánica en su entorno cultural y natural. Espacios abiertos, una atención cuidadosa a la luz —especialmente en los momentos liminares del día— y una espera paciente del instante preciso caracterizan buena parte de su producción.

Desarrolló un extenso trabajo de reportaje humano y antropológico tanto en contextos lejanos —con especial atención a Marruecos desde mediados de los años sesenta, y posteriormente a distintos países de África y Asia— como en su entorno más inmediato, la Región de Murcia. En todos los casos, sus imágenes se construyen como testimonio de la vida cotidiana, sin escenificación, mediante una narración visual clara que dota a las composiciones de un notable valor documental y humano.

De manera paralela, la fotografía de paisaje se consolidó como uno de los ámbitos más personales de su producción. En ella despliega una mirada atenta, abierta a la belleza de lo observado, donde la luz y el color adquieren un papel expresivo esencial. Sus encuadres se sitúan en un territorio intermedio entre el documento y una cierta idealización poética, resultado de una elección consciente del encuadre, del momento lumínico y de la intensidad cromática.

Desde el punto de vista técnico, comenzó trabajando en blanco y negro, pero incorporó tempranamente el color como elemento central de su lenguaje, hasta convertirlo en uno de los rasgos distintivos de su labor. En sus imágenes, el cromatismo actúa como un recurso interpretativo que construye atmósferas y sugiere emociones más allá de la mera descripción.

Junto a estas líneas principales, cultivó la fotografía submarina desde los años setenta, ámbito en el que obtuvo reconocimientos internacionales, y exploró de forma puntual el fotomontaje, desarrollando imágenes de carácter más onírico sin abandonar su base realista.

En conjunto, su producción configura un corpus coherente y sostenido en el tiempo, en el que naturaleza y ser humano dialogan de forma constante. A través de ella, Pepe Pina no solo documentó lugares y culturas, sino que dejó constancia de una manera de mirar basada en la paciencia, el respeto por lo real y una profunda atención a lo vivido.

La difusión de su trabajo siguió un itinerario acorde con esta concepción de la imagen. Tras una etapa inicial vinculada al ámbito asociativo y a los concursos, su proyección se amplió a finales de los años setenta y comienzos de los ochenta, coincidiendo con su participación en el Colectivo Imágenes. Las exposiciones realizadas con este grupo —galería Yerba (1979), Sala Municipal de Santa Isabel (1980) y Sala Xocolat de Mallorca (1981)— marcaron un punto de inflexión. A ello se sumó la obtención del Premio Planeta de Fotografía en 1981, seguida de su primera muestra individual en 1982 y de su participación, en 1983, en la exposición *259 Imágenes. Fotografía actual en España*, celebrada en el Círculo de Bellas Artes de Madrid.

Durante las décadas de 1980 y 1990 su presencia fue constante en exposiciones colectivas dedicadas a la fotografía contemporánea en la Región de Murcia, donde fue reconocido como una de las miradas más sólidas en los ámbitos del paisaje y el reportaje humano. No obstante, el libro constituyó el espacio de proyección más estable de su trabajo. A través de publicaciones como *Imágenes de la Costa Cálida* (1988), *Murcia. Imágenes de una región* (1990), *Murcia, una región en fiestas* (1993) o *España Natural* (2001), configuró un conjunto visual coherente que articula sus dos grandes líneas temáticas: la naturaleza y el ser humano en su entorno.

Estas publicaciones consolidaron su papel como uno de los principales intérpretes visuales del territorio murciano y fijaron una memoria gráfica de paisajes, celebraciones y formas de vida que hoy posee un indudable valor cultural y documental.

Desde una consideración personal, Pepe Pina fue, además, un referente humano y creativo. Su práctica no respondió a una lógica estrictamente profesional, sino a una relación profunda con la imagen como forma de conocimiento y crecimiento propio. Trabajó siempre en un entorno de compañerismo y respeto, entendiendo la fotografía como un ejercicio de honestidad, coherencia y atención al mundo.

Con su fallecimiento en 2025 se pierde una de las figuras que contribuyeron de manera decisiva a sostener y dar forma a la fotografía murciana de finales del siglo XX. Permanece, sin embargo, su obra y, con ella, una mirada atenta y comprometida que sigue interpelando a quienes se aproximan a la fotografía desde el respeto por lo real y por las personas.